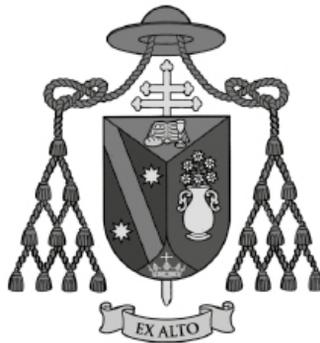


BOAS

ENERO 2017
TOMO CLVIII N° 2352



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Registro y Archivo de la Secretaría General

Tfno: 954 505 515, Ext. 734

E-mail: secretariogeneral@archisevilla.org

Arzobispado de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

* Precio de la suscripción anual: 35 euros.

* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

BOLETÍN OFICIAL DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Enero 2017 Nº 2352

Arzobispo

Feliz y santo Año Nuevo. Carta Pastoral.	5
En la fiesta del Bautismo del Señor. Carta Pastoral.	8
Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado. Carta Pastoral.	10
El amor de Cristo nos apremia. Semana de oración por la unidad de los cristianos. Carta Pastoral.	13
Buscar siempre el rostro de Dios. Carta Pastoral.	16

Secretaría General

Nombramientos	19
Ceses.	19

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas.	21
Confirmación de Juntas de Gobierno.	21

Santa Sede

Mensaje para la LI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.	23
Mensaje para la XXV Jornada Mundial del Enfermo.	27

Arzobispo

Carta Pastoral

FELIZ Y SANTO AÑO NUEVO 1 de enero de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

Feliz año nuevo para todos los cristianos de Sevilla y para todos los sevillanos. En este primer día del año celebramos la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Iniciamos, pues, el nuevo año de la mejor forma posible, de la mano de la Virgen. La liturgia del Concilio Vaticano II ha colocado esta solemnidad, que sustituye a la antigua fiesta de la Circuncisión del Señor, en el centro de la Navidad, reconociendo así el papel decisivo de María en el misterio que en estos días celebramos. A ella, que hace posible la encarnación y el nacimiento del Señor, le pido para todos vosotros que el año 2017 sea verdaderamente un año de gracia, de verdadera renovación de nuestra vida cristiana y de nuestro compromiso apostólico. Con palabras de la primera lectura de la Eucaristía de esta solemnidad os deseo a todos que en el nuevo año que Dios nos concede, *"el Señor os bendiga y os proteja, ilumine su rostro sobre vosotros y os conceda su favor; [que] el Señor se fije en vosotros y os conceda la paz"* (Núm 6,24-26).

El próximo viernes, 6 de enero, celebraremos la solemnidad de la Epifanía del Señor. Todos recordamos con nostalgia las noches de Reyes de nuestra infancia, la nerviosa expectación de los regalos por humildes que estos fueran. Aun hoy, lejos ya de la inocencia infantil, seguimos disfrutando con la ilusión de los niños y el colorido de las cabalgatas. Los regalos que hacemos

o nos hacen en Navidad y Reyes nos ilustran muy bien sobre el significado de estos días, porque son un signo, pálido e imperfecto, del gran don que Dios nos hace con el nacimiento de su Hijo, don, por el que tenemos que ser agradecidos, entregando generosamente nuestras vidas al servicio del Señor y de nuestros hermanos, imitando al Señor, que se nos da, que se hace don y gracia para todos.

Epifanía significa manifestación de Dios. En la Historia de la Salvación, Dios se ha ido manifestando poco a poco. Al principio, a través de la creación, de la nube que guía al pueblo judío en su peregrinación por el desierto, del maná, las tablas de la ley, el arca de la alianza y el templo, lugar de encuentro de Israel con Dios. Después, Dios se revela por medio de los profetas. Con el nacimiento de Jesús, comienza la etapa definitiva de la manifestación plena de Dios a la humanidad. Desde entonces nos habla, se nos hace cercano y accesible no a través de intermediarios, sino por medio de su Hijo, que se hace uno de nosotros.

En su nacimiento histórico hace 2000 años, Jesús se manifestó primero al pueblo de Israel representado por José, María y los pastores. Pero el Señor vino para toda la humanidad, representada por los Magos. Estos personajes misteriosos, originarios de culturas diversas de la de Israel, simbolizan la voluntad salvífica universal de Dios en la encarnación y el nacimiento de su Hijo. Por ello, la Epifanía, manifestación de Dios a los pueblos gentiles, es nuestra fiesta. En las personas de los Reyes Magos está prefigurada la humanidad entera. El misterio revelado en primer término a los más íntimos y cercanos, se abre también a nosotros y a todos los hombres. Que en estos días, al mismo tiempo que contemplamos el misterio del Dios hecho niño, le agradezcamos con emoción el don de la fe que recibimos el día de nuestro bautismo, la auténtica y verdadera manifestación de Dios en nuestras vidas.

La Epifanía es la fiesta de la universalidad de la salvación que Jesucristo ofrece a todos los hombres y mujeres de todas las épocas y lugares. Nadie está excluido del plan salvador de Dios, sea alto o bajo, joven o anciano, rico o pobre, sabio o iletrado. Por ello, la Epifanía exige de nosotros colaborar con el plan de Dios, hacer que Dios sea conocido, reconocido, adorado y glorificado por todos los hombres. La Epifanía, junto con Pentecostés, es la gran fiesta de la misión universal de la Iglesia, una fiesta de una intensa tonalidad apostólica y misionera.

En esta fiesta celebramos las Jornadas del Catequista nativo y del Instituto Español de Misiones Extranjeras. En ellas recordamos con afecto y encomendamos en nuestra oración a los catequistas laicos que colaboran con

los misioneros en la evangelización. Recordamos también a los sacerdotes diocesanos españoles que, habiéndolo dejado todo, anuncian el Reino de Jesús en la vanguardia misionera. La mejor manera de agradecer a Dios su manifestación en Jesucristo y el regalo de la fe es renovar nuestro compromiso misionero, de modo que la manifestación que comenzó con la adoración de los Magos, siga extendiéndose al mundo entero con nuestra colaboración, con nuestra palabra y con nuestro testimonio, compartiendo con nuestros hermanos nuestro mejor tesoro, Jesucristo.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición. Feliz año nuevo, feliz día de Reyes.

+Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

**EN LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR
8 de enero de 2017**

Queridos hermanos y hermanas:

Lo he referido alguna vez. Era la noche del 7 de diciembre de 1999 y estaba yo en la sacristía mayor de la Catedral de Toledo, de cuya archidiócesis era obispo auxiliar: Me preparaba para celebrar la Vigilia de la Inmaculada con los jóvenes. Allí me presentaron a un joven japonés de veintisiete años, doctor en ciencias jurídicas, miembro de una familia muy ligada al mundo de la cultura en su país, que a través del Camino Neocatecumenal tuvo la dicha de conocer a Jesucristo y a su Iglesia, siendo bautizado por el cardenal Rouco en la noche de Pascua de 1998 en la catedral de la Almudena de Madrid. Con lágrimas en los ojos me dijo que su infancia había transcurrido sin ninguna referencia religiosa y, al mismo tiempo que me manifestaba su alegría inmensa por ser cristiano, me pedía que encomendara al Señor su perseverancia y que le ayudara con la oración para acercar al Evangelio y al bautismo a su familia.

Celebramos en este domingo la fiesta del Bautismo del Señor, fiesta que evoca nuestro propio bautismo, el día más importante de nuestra vida. Nacidos en una tierra evangelizada en los primeros siglos de nuestra era, ser cristianos nos parece lo más natural. Nos parece también lo más natural el bautismo, al que nos presentaron nuestros padres y que probablemente no valoramos como se merece. La historia del joven japonés recién convertido nos invita a alabar a Dios, que nos destinó desde toda la eternidad a ser sus hijos y que ya en los primeros días de nuestra vida, nos bendijo con tantos y tan grandes bienes espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo para que seamos santos e irreprochables. Él nos regaló la vocación cristiana y la filiación divina. Nos regaló también el don precioso de la gracia santificante, que nos hizo miembros de la familia de Dios, hijos del Padre, hermanos del Hijo y ungidos por el Espíritu. Nos incorporó además al misterio pascual de Cristo muerto y resucitado y, en consecuencia, nos hizo miembros de su Cuerpo Místico que es la Iglesia, nuestra familia, nuestro hogar, el manantial límpido en el que bebemos el agua de la gracia, la mesa familiar en la que cada domingo compartimos el pan de la palabra y de la eucaristía, algo que probablemente no estimamos en toda su trascendencia.

Y yo me pregunto: *"¿Se puede ser cristiano en esta sociedad secularizada, hondamente materialista y cerrada a la trascendencia?"*. Hay un primer obstáculo, el miedo a que se nos tache de antiguos o raros. La cobardía, la comodidad, el respeto humano y la falta de generosidad son los

principales obstáculos que atenazan la voluntad de muchos jóvenes y adultos. El segundo obstáculo para ser cristianos buenos y fieles en esta sociedad son las seducciones del mundo. Hoy son muchos los que abandonan la fe, no tanto por razones de orden intelectual, sino por pura conveniencia. Se dejan llevar por los impulsos y apetencias de cada momento, por lo más cómodo, lo más placentero, la moda, el ambiente, por aquello que se nos presenta como lo más moderno o comúnmente aceptado, más allá de su bondad o malicia, verdad o falsedad. Las seducciones del mundo y las añagazas del diablo ahogan la semilla buena sembrada en el corazón de tantos jóvenes en su infancia, en la catequesis, en sus familias, parroquias y colegios.

Os reitero la pregunta: *¿Es posible hoy ser cristiano en esta sociedad que en buena medida vive de espaldas al Evangelio?* La respuesta sólo puede ser positiva. Ser buen cristiano hoy ni es imposible, ni es una quimera inalcanzable, si cimentamos nuestra vida en la roca firme y segura que es Cristo. La contemplación de su vida, la escucha de su Palabra, el trato diario con Él y la recepción de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía, nos permitirán vivir la vida nueva que Él nos ofrece.

En la fiesta del bautismo del Señor todos estamos invitados a revivir la gracia del bautismo, poniendo en el horizonte de nuestra vida a Jesucristo, sin excusas banales, sin dudas ni miedos. El Señor nos ofrece el camino de la felicidad auténtica, de la libertad sin recortes, de la verdadera alegría, un camino exigente, de esfuerzo, de renuncias, de tensión moral, sin componendas ni medias tintas, pero que nos permite vivir la única vida que merece la pena, la vida divina en nosotros, que es la vida en plenitud.

Contamos para ello con la ayuda segura del Señor. Contamos también con la ayuda de la madre Iglesia, que nos sostiene y acompaña en nuestro camino de fidelidad. En nuestra decisión de vivir comprometidamente vuestra vocación cristiana, contamos también con el aliento maternal de la Santísima Virgen, madre y medianera, abogada, socorro y auxiliadora. Que ella nos ayude a vivir fielmente nuestros compromisos bautismales.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

**JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y
EL REFUGIADO
15 de enero de 2017**

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos en este domingo la Jornada mundial del emigrante y el refugiado. Me dirijo especialmente a vosotros, queridos inmigrantes. Hoy la Iglesia nos invita a escuchar vuestra voz y a acogeros fraternalmente. Sois para nosotros una bendición, en primer lugar para la comunidad cristiana, y también para toda la sociedad.

Con las maletas de vuestro viaje nos habéis traído una cultura que nos enriquece. Acogiéndoos con corazón abierto, nuestros ojos se llenan de los rasgos diversos de vuestros rostros, y nuestro aire de palabras pronunciadas en decenas de idiomas. Gracias a vosotros nuestra Archidiócesis se torna un nuevo Pentecostés y se escucha hablar de Dios en todos los idiomas. Sé que en las Misas del domingo de nuestras parroquias participáis fieles provenientes de todos los países hermanos de Latinoamérica: ecuatorianos y nicaragüenses, dominicanos y peruanos, bolivianos y argentinos... También de diversos países de Asia, chinos y filipinos, de África, congoleños, keniatas, etc., y del resto de Europa.

La Iglesia en Sevilla necesita de vosotros para rejuvenecerse y para enriquecer nuestras comunidades con vuestra fe sencilla y alegre, enraizada en la piedad popular. Aquí no sobra nadie. Todos somos necesarios. Aquí nadie es inmigrante. Todos somos hermanos porque Dios es Padre de todos, de modo que cuando entréis por las puertas de la parroquia tenéis que sentirnos como cuando entráis por la puerta de la iglesia de vuestra ciudad. Me agrada que en algunas parroquias hayáis colocado imágenes de vuestra devoción: la Virgen de Caacupé, de Alta Gracia, de Guadalupe, el Cristo de los Milagros, etc.

Acabamos de celebrar la Navidad, y hemos recordado cómo la Virgen María alumbró al Salvador en un establo. Conocemos bien las dificultades de la Sagrada Familia ya en los primeros momentos de la vida de Jesús. Muy pronto tuvo que huir de su país ante la violencia asesina de Herodes, viviendo durante años como inmigrante en Egipto. Nadie como vosotros conoce la angustia y la inseguridad de vivir fuera del propio pueblo en una cultura desconocida, sin el apoyo y el calor de los vuestros. Contemplando a la Sagrada Familia inmigrante los cristianos no podemos sino acogeros con afecto y especial cariño.

Os pido perdón, en nombre de la comunidad cristiana, por las veces en que entre nosotros se ha traslucido falta de caridad o, incluso, xenofobia. El corazón de los cristianos algunas veces se contagia con actitudes mundanas como el rechazo de lo distinto, o la valoración de las situaciones sociales sólo desde una óptica económica. La Iglesia de Dios en Sevilla tiene que crecer en acogida creativa a los inmigrantes que habéis venido a nosotros.

Os recuerdo el mensaje que el papa Francisco, ha escrito para esta jornada. En él nos habla de los niños que tienen que salir de su tierra y que son víctimas especialmente vulnerables y sin voz: *Deseo llamar la atención – nos dice- sobre la realidad de los emigrantes menores de edad, especialmente los que están solos, instando a todos a hacerse cargo de los niños, que se encuentran desprotegidos.*

Muchos niños se ven privados en su propia patria de sus derechos elementales: alimentación, agua potable, vivir en un ambiente familiar sano, educación adecuada, jugar y ser, en definitiva, niños. Cuando emigran se convierten en el grupo más vulnerable de los inmigrantes, pues acaban fácilmente en las garras de lo más bajo de la degradación humana. Entonces, *"la ilegalidad y la violencia queman en un instante el futuro de muchos inocentes... La carrera desenfrenada hacia un enriquecimiento rápido y fácil lleva consigo también el aumento de plagas monstruosas como el tráfico de niños, la explotación y el abuso de menores y, en general, la privación de los derechos propios de la niñez"*.

La respuesta cristiana a esta realidad no puede ser otra que la de la Ley de Dios: *«No oprimirás ni vejarás al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en Egipto» (Ex 22,20); «Amaréis al forastero, porque forasteros fuisteis en Egipto» (Dt 10,19).*

Los flujos migratorios son un signo de los tiempos en nuestros días, un signo que habla de la acción providencial de Dios en la historia con vistas a la comunión universal. Por ello denuncio como inhumana y profundamente insolidaria la actitud de los países europeos ante la crisis de refugiados de Oriente Medio que huyen de una guerra que amenaza su vida y las de sus hijos. Ninguna sociedad puede tenerse por cristiana si desoye el clamor de inocentes que necesitan ayuda. La tradición católica de poner los Belenes denuncia nuestras actitudes insolidarias e insensibles ante esta situación. Honramos en ellos a una familia pobre e inmigrante y cerramos nuestras puertas a las familias pobres e inmigrantes, para los que entrar en nuestros países es cuestión de vida o muerte.

La realidad de los inmigrantes nos interpela y llama a la conversión.
Pidamos al Bendito Inmigrante que nos ayude a crecer en fraternidad solidaria.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

**EL AMOR DE CRISTO NOS APREMIA
SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS
22 de enero de 2017**

Queridos hermanos y hermanas:

El ecumenismo, gracia pentecostal y, como tal, don del Espíritu Santo, es una vocación a la que todo cristiano es llamado desde el bautismo y, por consiguiente, *"un imperativo de la conciencia cristiana"*, como decía san Juan Pablo II en la encíclica *"Ut unum sint"*.

El movimiento ecuménico, tanto en la Iglesia católica como en las demás confesiones cristianas, nace en torno al año 1910, aunque entre nosotros los católicos adquiere carta de ciudadanía en el pontificado de Juan XXIII y en el Concilio Vaticano II, cuyo inicio tuvo lugar hace cincuenta y tres años. Fecha decisiva para el ecumenismo católico es el 21 de noviembre de 1964, con la promulgación del Decreto conciliar *"Unitatis redintegratio"*.

Las palabras del Señor, *"Padre, que todos sean uno"* (Jn. 17,21), están más cerca de hacerse realidad que en las primeras décadas del siglo XX. El camino hacia la unidad plena ha progresado más en las últimas cinco décadas que en los cuatrocientos años anteriores. Sin pecar de ingenuidad, hemos de reconocer que hoy ya no es posible la marcha atrás, aunque pueda haber retrocesos, desánimos y fracasos puntuales. El camino hacia la plena unidad visible está entremezclado de optimismo y pesimismo, primaveras e inviernos, luces y sombras, siendo éstas el reverso de un movimiento ya imparable. En ocasiones, el paso de los peregrinos de la unidad será más acelerado; en otras, habrá parones inevitables. Pero, como afirmaban los primeros ecumenistas en los comienzos del siglo XX, *"los muros de la separación no llegan hasta el cielo"*.

El futuro del ecumenismo depende, en gran medida, de una firme y sólida espiritualidad ecuménica, que dé eficacia, fecundidad y estabilidad a los esfuerzos que en el terreno doctrinal, en la cooperación común y el testimonio vienen realizando las Iglesias y comunidades eclesiales. Sin ella no será posible lograr la restauración de la unidad.

Los cristianos, que navegan hacia el puerto de la plena comunión visible, han de hacerlo convertidos, santos, orantes y enraizados en el amor

de Cristo, que a todos nos apremia, como reza el lema de este año. Son tres exigencias de la espiritualidad cristiana y, por lo mismo, también, de la espiritualidad ecuménica, porque *"la conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico y pueden llamarse con razón ecumenismo espiritual"* (UR 8).

Juan Pablo II, en la encíclica *"Ut unum sint"*, invitó a todos los cristianos al "diálogo de conversión", que es el espacio espiritual e interior en el que Cristo, con el poder de su Espíritu, mueve a los cristianos sin excepción a examinarse ante el Padre y a caminar en pos de la conversión. Sólo la conversión del corazón de los miembros de las todas las Iglesias y comunidades cristianas y su fidelidad al Evangelio permitirán superar los obstáculos heredados del pasado, guiándonos a la plena comunión.

El *"diálogo de conversión"* incluye la santidad de vida y la comunión con el Señor, que es nuestro más verdadero punto de convergencia. Como han repetido sin cesar san Juan Pablo II, Benedicto XVI y el papa Francisco, "Cristo es nuestra unidad". Porque el primer enemigo de la unidad es el pecado, el mejor antídoto es la santidad. El día en que todos los cristianos de todas las confesiones vivamos en plenitud la comunión con el Señor y aspiremos con determinación a la santidad, caerán las barreras que nos separan. No existe otro camino.

La oración precedió, ha acompañado y deberá seguir acompañando al movimiento ecuménico hacia el hogar común, porque la plena unidad es un misterio de tal envergadura que sólo de rodillas pueden los cristianos acercarse a él. La oración por la unidad no es compromiso exclusivo de los expertos en ecumenismo o de aquellos cristianos especialmente sensibilizados por este sector pastoral. Es compromiso de todo cristiano y de cada comunidad. La oración por la unidad comenzó a finales del siglo XIX en el mundo anglicano, en el que nace también el *"Octavario por la Unidad de los Cristianos"*, que la Iglesia católica celebra en la semana del 18 al 25 de enero desde 1909. En su preparación colaboran hoy la Santa Sede y el Consejo Mundial de Iglesias. Otras fechas especiales de oración por la unidad son la Epifanía, Jueves y Viernes Santo, Domingo de Resurrección y la semana previa a Pentecostés.

Todos hemos de incluir en nuestra oración diaria la causa de la unidad, que debe ser también la destinataria de nuestras mortificaciones y sacrificios. La plena comunión visible es un don, una gracia de Dios, que llegará cuando

Él quiera. A nosotros nos corresponde pedir que se adelante ese momento soñado, pidiéndola a Dios con la misma insistencia y fervor con que Cristo la pidió al Padre en la noche de Jueves Santo.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

BUSCAR SIEMPRE EL ROSTRO DE DIOS 29 de enero de 2017

El pasado 21 de junio, la Santa Sede publicaba la Constitución Apostólica *Vultum Dei Quaerere* sobre la vida contemplativa femenina, firmada por el Papa el 29 de junio, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Sustituye a la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*, publicada por Pío XII el 21 de noviembre de 1950.

A lo largo de la historia de la Iglesia, y también hoy, un número incontable de mujeres consagradas han orientado y siguen orientando toda su vida y actividad a la contemplación de Dios, teniendo una única pasión, la búsqueda incesante de su rostro. Son las monjas contemplativas, que en su vida escondida con Cristo en Dios buscan no solo el sentido de la vida, sino sobre todo el rostro de Dios, de Aquél de quien la Biblia dice que *Él lo es todo* (Si 43, 27). Ellas, reproduciendo en la Iglesia los rasgos de Jesús, virgen, pobre y obediente, se realizan en esta búsqueda apasionada del rostro del Señor, una búsqueda que es fuente de paz, de sosiego y alegría.

El papa Francisco, después de saludar a las “queridas hermanas contemplativas”, manifiesta su aprecio por este género de vida y dice que a pesar de que en muchos ambientes no se entienda esta especial vocación, la Iglesia las necesita “inmensamente” para seguir llevando “la buena noticia del Evangelio a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo”.

Manifiesta el Papa que cincuenta años después del Vaticano II, ha considerado necesario ofrecer a las monjas claustrales esta Constitución, que tiene en cuenta tanto el fecundo camino que la Iglesia ha recorrido a la luz de las enseñanzas del Vaticano II, como también las nuevas condiciones socio-culturales. Para ayudar a las contemplativas a vivir su hermosa vocación, les invita el Papa a reflexionar sobre doce temas de la vida consagrada. El primero es el discernimiento sobre la admisión de las candidatas, sin dejarse llevar por la tentación del número, asegurando siempre un acompañamiento personalizado, la formación inicial y la posterior formación permanente.

El Papa encarece después la importancia de la vida de oración, tanto la oración litúrgica como la oración personal, que no debe buscar sólo el crecimiento personal, sino que debe ensanchar el corazón para abrazar a toda la humanidad, y en especial a aquella que sufre. Insiste en la centralidad de la Palabra de Dios, pues de ella brota tanto la oración como la contemplación.

Pondera también la importancia de los sacramentos de la eucaristía y

la reconciliación. Afirma que “la Eucaristía es por excelencia el sacramento del encuentro con la persona de Jesús”, pues ella contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo. Añade que de la experiencia gozosa del perdón recibido por Dios en el sacramento de la penitencia brota la gracia de ser profetas y ministros de misericordia e instrumentos de reconciliación, que tanto necesita nuestro mundo.

Pondera después la importancia de la vida fraterna, que debe llevar a los miembros de un monasterio a vivir la comunión, a tener un solo corazón y una sola alma, para lo cual todas las monjas deben ser artesanas de la paz y de la reconciliación. Se refiere después el Papa a la autonomía de los monasterios, que favorece “la estabilidad de vida y la unidad interna de cada comunidad”, pero que no debe significar independencia o aislamiento, en particular de los demás monasterios de la misma Orden. Apoyo importante pueden prestar en este sentido las federaciones, que deben ayudar a vivir la identidad más genuina de la vida contemplativa, a colaborar en la formación permanente e inicial, a compartir el personal y, si fuera necesario, los bienes materiales.

Habla también el Papa de la clausura, que es «signo de la unión exclusiva de la Iglesia-esposa con su Señor, profundamente amado», como escribiera Juan Pablo II en *Vita Consecrata*. Sobre el trabajo dice el Santo Padre a las claustrales que no debe distraer de la contemplación, ni apartar del espíritu de pobreza. Ha de ser realizado con devoción, sin dejarse condicionar por la obsesión de la eficiencia y del activismo. Dice después que en la vida contemplativa es esencial el silencio para la escucha de la Palabra y como requisito para mantener la presencia de Dios a lo largo del día.

Termina el Papa invitando a las contemplativas a la ascesis y llamando la atención sobre el uso prudente de los medios de comunicación, que no pueden ser ocasión para la evasión de la vida fraterna ni obstáculo para la contemplación.

Por mi parte, concluyo esta carta semanal, invitando a todos los fieles a encomendar al Señor a nuestras hermanas contemplativas, correspondiendo a tanto como les debemos. Pidamos al Señor que las confirme en la hermosísima vocación que les ha regalado en su Iglesia y que, como premio a esa fidelidad, les conceda las vocaciones que permitan mirar con esperanza el futuro de sus monasterios.

Para ellas y para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Secretaría General

Nombramientos

- **P. Ignacio González Álvarez (CSSR)**, Párroco de la Parroquia del Santísimo Redentor, de Sevilla.
10 de enero de 2017
- **D. José Ignacio Arias García**, Asistente de la Fraternidad Local de la Orden Seglar de los Siervos de María, de Carmona.
25 de enero de 2017

Ceses

- **P. Pedro López Calvo (CSSR)**, Párroco de la Parroquia del Santísimo Redentor, de Sevilla.
- **P. Ignacio González Álvarez (CSSR)**, Vicario Parroquial de la Parroquia del Santísimo Redentor, de Sevilla.
- **P. Jesús Zurbano Díaz de Cerio (MI)**, Capellán del Equipo Pastoral de Exequias.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas

Antigua, Fervorosa, Ilustre y Franciscana Hermandad del Redil Eucarístico de la Divina Pastora de las Almas, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 45/17, de fecha 10 de enero de 2017

Confirmación de Juntas de Gobierno

Humilde y Fervorosa Hermandad Sacramental y de Gloria de San José Obrero, San Francisco de Paula e Inmaculada Concepción y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Caridad y Nuestra Señora de Los Dolores, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 3/17, de fecha 3 de enero de 2017

Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo de la Buena Muerte y María Stma. de los Dolores, de Villanueva del Río y Minas.

Decreto Prot. Nº 5/17, de fecha 3 de enero de 2017

Hermandad del Stmo. Sacramento, San Miguel Arcángel y Ntra. Sra. del Buen Suceso, de Castilleja del Campo.

Decreto Prot. Nº 7/17, de fecha 3 de enero de 2017

Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo del Amor y del Perdón y María Stma. de los Dolores en Su Soledad, de Lora del Río.

Decreto Prot. Nº 9/17, de fecha 3 de enero de 2017

Muy Ilustre, Muy Antigua y Fervorosa Hermandad de Santa María de Cuatrovitas Coronada, de Bollullos de la Mitación.

Decreto Prot. Nº 112/17, de fecha 18 de enero de 2017

Hermandad Sacramental del Stmo. Cristo de la Bondad, Ntra. Sra. del Carmen y San Leandro, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 130/17, de fecha 18 de enero de 2017

Real, Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad de la Santa Cruz del Rodeo y María Stma. del Carmen, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 234/17, de fecha 26 de enero de 2017

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 51 JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

*«No temas, que yo estoy contigo» (Is 43,5)
Comunicar esperanza y confianza en nuestros tiempos*

Gracias al desarrollo tecnológico, el acceso a los medios de comunicación es tal que muchísimos individuos tienen la posibilidad de compartir inmediatamente noticias y de difundirlas de manera capilar. Estas noticias pueden ser bonitas o feas, verdaderas o falsas. Nuestros padres en la fe ya hablaban de la mente humana como de una piedra de molino que, movida por el agua, no se puede detener. Sin embargo, quien se encarga del molino tiene la posibilidad de decidir si moler trigo o cizaña. La mente del hombre está siempre en acción y no puede dejar de «moler» lo que recibe, pero está en nosotros decidir qué material le ofrecemos. (cf. Casiano el Romano, Carta a Leoncio Igumeno).

Me gustaría con este mensaje llegar y animar a todos los que, tanto en el ámbito profesional como en el de las relaciones personales, «muelen» cada día mucha información para ofrecer un pan tierno y bueno a todos los que se alimentan de los frutos de su comunicación. Quisiera exhortar a todos a una comunicación constructiva que, rechazando los prejuicios contra los demás, fomente una cultura del encuentro que ayude a mirar la realidad con auténtica confianza.

Creo que es necesario romper el círculo vicioso de la angustia y frenar la espiral del miedo, fruto de esa costumbre de centrarse en las «malas noticias» (guerras, terrorismo, escándalos y cualquier tipo de frustración en el acontecer

humano). Ciertamente, no se trata de favorecer una desinformación en la que se ignore el drama del sufrimiento, ni de caer en un optimismo ingenuo que no se deja afectar por el escándalo del mal. Quisiera, por el contrario, que todos tratemos de superar ese sentimiento de disgusto y de resignación que con frecuencia se apodera de nosotros, arrojándonos en la apatía, generando miedos o dándonos la impresión de que no se puede frenar el mal. Además, en un sistema comunicativo donde reina la lógica según la cual para que una noticia sea buena ha de causar un impacto, y donde fácilmente se hace espectáculo del drama del dolor y del misterio del mal, se puede caer en la tentación de adormecer la propia conciencia o de caer en la desesperación.

Por lo tanto, quisiera contribuir a la búsqueda de un estilo comunicativo abierto y creativo, que no dé todo el protagonismo al mal, sino que trate de mostrar las posibles soluciones, favoreciendo una actitud activa y responsable en las personas a las cuales va dirigida la noticia. Invito a todos a ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo narraciones marcadas por la lógica de la «buena noticia».

La buena noticia

La vida del hombre no es sólo una crónica aséptica de acontecimientos, sino que es historia, una historia que espera ser narrada mediante la elección de una clave interpretativa que sepa seleccionar y recoger los datos más importantes. La realidad, en sí misma, no tiene un significado unívoco. Todo depende de la mirada con la cual es percibida, del «cristal» con el que decidimos mirarla: cambiando las lentes, también la realidad se nos presenta distinta. Entonces, ¿qué hacer para leer la realidad con «las lentes» adecuadas?

Para los cristianos, las lentes que nos permiten descifrar la realidad no pueden ser otras que las de la buena noticia, partiendo de la «Buena Nueva» por excelencia: el «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1). Con estas palabras comienza el evangelista Marcos su narración, anunciando la «buena noticia» que se refiere a Jesús, pero más que una información sobre Jesús, se trata de la buena noticia que es Jesús mismo. En efecto, leyendo las páginas del Evangelio se descubre que el título de la obra corresponde a su contenido y, sobre todo, que ese contenido es la persona misma de Jesús.

Esta buena noticia, que es Jesús mismo, no es buena porque esté exenta de sufrimiento, sino porque contempla el sufrimiento en una perspectiva más amplia, como parte integrante de su amor por el Padre y por la humanidad. En Cristo, Dios se ha hecho solidario con cualquier situación humana, revelándonos que no estamos solos, porque tenemos un Padre que nunca olvida a sus hijos. «No temas, que yo estoy contigo» (Is 43,5): es la palabra consoladora de un Dios que se implica desde siempre en la historia de su pueblo. Con esta promesa: «estoy contigo», Dios asume, en su Hijo amado, toda nuestra debilidad hasta morir como nosotros. En Él también las tinieblas y la muerte se hacen lugar de comunión con la Luz y la Vida. Precisamente aquí, en el lugar donde la

vida experimenta la amargura del fracaso, nace una esperanza al alcance de todos. Se trata de una esperanza que no defrauda —porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5)— y que hace que la vida nuevo brote como la planta que crece de la semilla enterrada. Bajo esta luz, cada nuevo drama que sucede en la historia del mundo se convierte también en el escenario para una posible buena noticia, desde el momento en que el amor logra encontrar siempre el camino de la proximidad y suscita corazones capaces de conmoverse, rostros capaces de no desmoronarse, manos listas para construir.

La confianza en la semilla del Reino

Para iniciar a sus discípulos y a la multitud en esta mentalidad evangélica, y entregarles «las gafas» adecuadas con las que acercarse a la lógica del amor que muere y resucita, Jesús recurría a las parábolas, en las que el Reino de Dios se compara, a menudo, con la semilla que desata su fuerza vital justo cuando muere en la tierra (cf. Mc 4,1-34). Recurrir a imágenes y metáforas para comunicar la humilde potencia del Reino, no es un manera de restarle importancia y urgencia, sino una forma misericordiosa para dejar a quien escucha el «espacio» de libertad para acogerla y referirla incluso a sí mismo. Además, es el camino privilegiado para expresar la inmensa dignidad del misterio pascual, dejando que sean las imágenes —más que los conceptos— las que comuniquen la paradójica belleza de la vida nueva en Cristo, donde las hostilidades y la cruz no impiden, sino que cumplen la salvación de Dios, donde la debilidad es más fuerte que toda potencia humana, donde el fracaso puede ser el preludio del cumplimiento más grande de todas las cosas en el amor. En efecto, así es como madura y se profundiza la esperanza del Reino de Dios: «Como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece» (Mc 4,26-27).

El Reino de Dios está ya entre nosotros, como una semilla oculta a una mirada superficial y cuyo crecimiento tiene lugar en el silencio. Quien tiene los ojos límpidos por la gracia del Espíritu Santo lo ve brotar y no deja que la cizaña, que siempre está presente, le robe la alegría del Reino.

Los horizontes del Espíritu

La esperanza fundada sobre la buena noticia que es Jesús nos hace elevar la mirada y nos impulsa a contemplarlo en el marco litúrgico de la fiesta de la Ascensión. Aunque parece que el Señor se aleja de nosotros, en realidad, se ensanchan los horizontes de la esperanza. En efecto, en Cristo, que eleva nuestra humanidad hasta el Cielo, cada hombre y cada mujer puede tener la plena libertad de «entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es

decir, de su propia carne» (Hb 10,19-20). Por medio de «la fuerza del Espíritu Santo» podemos ser «testigos» y comunicadores de una humanidad nueva, redimida, «hasta los confines de la tierra» (cf. Hb 1,7-8).

La confianza en la semilla del Reino de Dios y en la lógica de la Pascua configura también nuestra manera de comunicar. Esa confianza nos hace capaces de trabajar —en las múltiples formas en que se lleva a cabo hoy la comunicación— con la convicción de que es posible descubrir e iluminar la buena noticia presente en la realidad de cada historia y en el rostro de cada persona.

Quien se deja guiar con fe por el Espíritu Santo es capaz de discernir en cada acontecimiento lo que ocurre entre Dios y la humanidad, reconociendo cómo él mismo, en el escenario dramático de este mundo, está tejiendo la trama de una historia de salvación. El hilo con el que se teje esta historia sacra es la esperanza y su tejedor no es otro que el Espíritu Consolador. La esperanza es la más humilde de las virtudes, porque permanece escondida en los pliegues de la vida, pero es similar a la levadura que hace fermentar toda la masa. Nosotros la alimentamos leyendo de nuevo la Buena Nueva, ese Evangelio que ha sido muchas veces «reeditado» en las vidas de los santos, hombres y mujeres convertidos en iconos del amor de Dios. También hoy el Espíritu siembra en nosotros el deseo del Reino, a través de muchos «canales» vivientes, a través de las personas que se dejan conducir por la Buena Nueva en medio del drama de la historia, y son como faros en la oscuridad de este mundo, que iluminan el camino y abren nuevos senderos de confianza y esperanza.

Vaticano, 24 de enero de 2017

Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXV JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2017

El asombro ante las obras que Dios realiza:
«El Poderoso ha hecho obras grandes por mí...» (Lc 1,49)

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo 11 de febrero se celebrará en toda la Iglesia y, especialmente, en Lourdes, la XXV Jornada Mundial del Enfermo, con el tema: El asombro ante las obras que Dios realiza: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí...» (Lc 1,49). Esta Jornada, instituida por mi predecesor san Juan Pablo II, en 1992, y celebrada por primera vez precisamente en Lourdes el 11 de febrero de 1993, constituye una ocasión para prestar especial atención a la situación de los enfermos y de todos los que sufren en general; y, al mismo tiempo, es una llamada dirigida a los que se entregan en su favor, comenzando por sus familiares, los agentes sanitarios y voluntarios, para que den gracias por la vocación que el Señor les ha dado de acompañar a los hermanos enfermos. Además, esta celebración renueva en la Iglesia la fuerza espiritual para realizar de la mejor manera posible esa parte esencial de su misión que incluye el servicio a los últimos, a los enfermos, a los que sufren, a los excluidos y marginados (cf. Juan Pablo II, *Motu proprio Dolentium hominum*, 11 febrero 1985, 1). Los encuentros de oración, las liturgias eucarísticas y la unción de los enfermos, la convivencia con los enfermos y las reflexiones sobre temas de bioética y teológico-pastorales que se celebrarán en aquellos días en Lourdes, darán una aportación nueva e importante a ese servicio.

Situándome ya desde ahora espiritualmente junto a la Gruta de Massabielle, ante la imagen de la Virgen Inmaculada, en la que el Poderoso ha hecho obras grandes para la redención de la humanidad, deseo expresar mi cercanía a todos vosotros, hermanos y hermanas, que vivís la experiencia del sufrimiento, y a vuestras familias; así como mi agradecimiento a todos los que, según sus distintas ocupaciones y en todos los centros de salud repartidos por todo el mundo, trabajan con competencia, responsabilidad y dedicación para vuestro alivio, vuestra salud y vuestro bienestar diario. Me gustaría animar a todos los enfermos, a las personas que sufren, a los médicos, enfermeras, familiares y a los voluntarios a que vean en María, Salud de los enfermos, a aquella que es para todos los seres humanos garante de la ternura del amor de Dios y modelo de abandono a su voluntad; y a que siempre encuentren en la fe, alimentada por la Palabra y los Sacramentos, la fuerza para amar a Dios y a los hermanos en la experiencia también de la enfermedad.

Como santa Bernadette estamos bajo la mirada de María. La humilde muchacha de Lourdes cuenta que la Virgen, a la que llamaba «la hermosa Señora», la miraba como se mira a una persona. Estas sencillas palabras describen la plenitud de una relación. Bernadette, pobre, analfabeta y enferma, se siente mirada por María como persona. La hermosa Señora le habla con gran respeto, sin lástima. Esto nos recuerda que cada paciente es y será siempre un ser humano, y debe ser tratado en consecuencia. Los enfermos, como las personas que tienen una discapacidad incluso muy grave, tienen una dignidad inalienable y una misión en la vida y nunca se convierten en simples objetos, aunque a veces puedan parecer meramente pasivos, pero en realidad nunca es así.

Bernadette, después de haber estado en la Gruta y gracias a la oración, transforma su fragilidad en apoyo para los demás, gracias al amor se hace capaz de enriquecer a su prójimo y, sobre todo, de ofrecer su vida por la salvación de la humanidad. El hecho de que la hermosa Señora le pida que rece por los pecadores, nos recuerda que los enfermos, los que sufren, no sólo llevan consigo el deseo de curarse, sino también el de vivir la propia vida de modo cristiano, llegando a darla como verdaderos discípulos misioneros de Cristo. A Bernadette, María le dio la vocación de servir a los enfermos y la llamó para que se hiciera Hermana de la Caridad, una misión que ella cumplió de una manera tan alta que se convirtió en un modelo para todos los agentes sanitarios. Pidamos pues a la Inmaculada Concepción la gracia de saber siempre ver al enfermo como a una persona que, ciertamente, necesita ayuda, a veces incluso para las cosas más básicas, pero que también lleva consigo un don que compartir con los demás.

La mirada de María, Consoladora de los afligidos, ilumina el rostro de la Iglesia en su compromiso diario en favor de los necesitados y los que sufren. Los frutos maravillosos de esta solicitud de la Iglesia hacia el mundo del sufrimiento y la enfermedad son motivo de agradecimiento al Señor Jesús, que se hizo solidario con nosotros, en obediencia a la voluntad del Padre y hasta la muerte en la cruz, para que la humanidad fuera redimida. La solidaridad de Cristo, Hijo de Dios nacido de María, es la expresión de la omnipotencia misericordiosa de Dios que se manifiesta en nuestras vidas —especialmente cuando es frágil, herida, humillada, marginada, sufriente—, infundiendo en ella la fuerza de la esperanza que nos ayuda a levantarnos y nos sostiene.

Tanta riqueza de humanidad y de fe no debe perderse, sino que nos ha de ayudar a hacer frente a nuestras debilidades humanas y, al mismo tiempo, a los retos actuales en el ámbito sanitario y tecnológico. En la Jornada Mundial del Enfermo podemos encontrar una nueva motivación para colaborar en la difusión de una cultura respetuosa de la vida, la salud y el medio ambiente; un nuevo impulso para luchar en favor del respeto de la integridad y dignidad

de las personas, incluso a través de un enfoque correcto de las cuestiones de bioética, la protección de los más débiles y el cuidado del medio ambiente.

Con motivo de la XXV Jornada Mundial del Enfermo, renuevo, con mi oración y mi aliento, mi cercanía a los médicos, a los enfermeros, a los voluntarios y a todos los consagrados y consagradas que se dedican a servir a los enfermos y necesitados; a las instituciones eclesiales y civiles que trabajan en este ámbito; y a las familias que cuidan con amor a sus familiares enfermos. Deseo que todos sean siempre signos gozosos de la presencia y el amor de Dios, imitando el testimonio resplandeciente de tantos amigos y amigas de Dios, entre los que menciono a san Juan de Dios y a san Camilo de Lelis, patronos de los hospitales y de los agentes sanitarios, y a la santa Madre Teresa de Calcuta, misionera de la ternura de Dios.

Hermanos y hermanas, enfermos, agentes sanitarios y voluntarios, elevemos juntos nuestra oración a María, para que su materna intercesión sostenga y acompañe nuestra fe y nos obtenga de Cristo su Hijo la esperanza en el camino de la curación y de la salud, el sentido de la fraternidad y de la responsabilidad, el compromiso con el desarrollo humano integral y la alegría de la gratitud cada vez que nos sorprenda con su fidelidad y su misericordia.

María, Madre nuestra,
que en Cristo nos acoges como hijos,
fortalece en nuestros corazones la espera confiada,
auxílianos en nuestras enfermedades y sufrimientos,
guíanos hasta Cristo, hijo tuyo y hermano nuestro,
y ayúdanos a encomendarnos al Padre que realiza obras grandes.

Os aseguro mi constante recuerdo en la oración y os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

8 de diciembre de 2016, Fiesta de la Inmaculada Concepción

Francisco

